

NIETZSCHE Y FREUD, NEGOCIACIÓN, CULPA Y CRUELDAD: LAS PULSIONES Y SUS DESTINOS, "EROS" Y "THANATOS" (AGRESIVIDAD Y DESTRUCTIVIDAD).

Dr. Adolfo Vázquez Rocca
Universidad Andrés Bello – Universidad
Complutense de Madrid

Resumen

Se investigarán los fundamentos y alcances de la afirmación de Freud acerca de la primacía del impulso de muerte, del impulso thanático¹ o autodestructivo, sobre las demás pulsiones. Por otra parte se mostrará como tanto en Freud como en Nietzsche existe una teoría de la culpabilidad que les es común. Dichas teorías tienen un punto de convergencia en torno al cual se articulará este texto: la relación entre culpa y deuda, y entre ellos, un tercer término que parece permear toda la lógica de un particular ejercicio de la justicia: La crueldad. De allí la necesidad de explicar las paradojas del masoquismo, como crueldad internalizada, las conceptualizaciones del delito y con ello la universalidad de los sentimientos de culpabilidad. Asimismo se da cuenta de la capitulación del Psicoanálisis como "crítica cultural" en manos de los neofreudianos, que han "reorientado" –domesticado– el psicoanálisis "hacia la tradicional psicología consciente de textura prefreudiana".

Palabras Clave

Culpa, deuda, pulsión, crimen, crueldad, voluntad de poder, destructividad, placer, delincuencia, cultura, psicoanálisis, Freud.

Abstract

It will investigate the rationale and scope of Freud's statement about the primacy of the death drive, or self thanatic pulse, on the other drives. Moreover it is shown as both Freud and Nietzsche there a theory of their common guilt. Such theories have a rallying point around which will articulate this text: the relationship between guilt and debt, and including a third term that seems to permeate all the logic of a particular exercise of justice: The cruelty. Finally lies and develops a type of crime in connection with the anguish and the desire of the other, seeking to unify psychoanalytic conceptualizations crime. Also realizes the capitulation of psychoanalysis as "cultural criticism" in the hands of the neo-Freudians, who have "shifted"-tamed-psychoanalysis "to the traditional pre-Freudian psychology conscious texture."

Keywords

Guilt, Debt, drive, crime, cruelty, will to power, destructiveness, pleasure, crime, culture, psychoanalysis, Freud.

¹ Thánatos, tanático (muerte). En la teoría psicoanalítica, Tánatos es la *pulsión de muerte*, que se opone a Eros, la *pulsión de vida*.

NIETZSCHE Y FREUD, NEGOCIACIÓN, CULPA Y CRUELDAD: LAS PULSIONES Y SUS DESTINOS, "EROS" Y "THANATOS" (AGRESIVIDAD Y DESTRUCTIVIDAD).

Dr. Adolfo Vázquez Rocca

Universidad Andrés Bello – Universidad Complutense de Madrid



“El hombre no es un ser manso ni amable, más allá de ser capaz de defenderse sólo si lo atacan, posee en su dotación pulsional una buena cuota de crueldad (...) siente la tentación de satisfacer su necesidad de agresión a expensas del prójimo, de explotar su trabajo sin resarcirle por ello, de utilizarlo sexualmente sin su consentimiento, de apropiarse de sus bienes, de martirizarle, de infligirle sufrimientos y de darle muerte. *Homo homini lupus*: ¿quién tendría valor para, en vista de todas las enseñanzas de la vida y de la historia, atacar de falsedad a ese adagio?”²

Freud, S.

Nietzsche y Freud, negociación, culpa y crueldad: las pulsiones y sus destinos, "eros" y "thanatos" (agresividad y destructividad).
Adolfo Vázquez Rocca

2 FREUD, Sigmund, Obras Completas, Volumen XXI. El Malestar en la Cultura (Das Unbehagen in der Kultur) (1930), Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979

1.- La evolución del concepto de freudiano de la agresividad y destructividad.

La historia de los puntos de vista de Freud sobre la pulsión³ agresiva o de destrucción es compleja, aquí sólo se la puede reseñar de manera sumaria.

Quizá lo más notable del estudio que hizo Freud de la agresión sea el que hasta 1920 apenas prestara atención a la agresividad y la destructividad humanas. El propio Freud reconocía que desde siempre había sentido una cierta reticencia a aceptar la idea de una pulsión destructora independiente. En *El malestar en la cultura*⁴ escribió:

“No puedo comprender cómo pudimos pasar de largo ante la universidad de la agresión no erótica y la destrucción, y de qué modo pudimos omitir concederle la significación a la que tiene pleno derecho en nuestra interpretación de la vida”.⁵ –Y añade: “Recuerdo mi propia actitud defensiva, cuando la idea de una pulsión de destrucción apareció por primera vez en la literatura psicoanalítica, y el tiempo que me fue necesario para que esa idea se hiciese accesible para mí.”⁶

Sin embargo, es interesante observar que Freud, aún cuando estaba bien impuesto ya desde el comienzo sobre los aspectos salvajes de la naturaleza humana y sus impulsos mortíferos, no hubiese reflexionado antes de 1915 sobre su aspecto nosológico. Ciertas resistencias relacionadas con su ruptura con Adler debieron precisamente desempeñar algún papel en eso. Es sabido que Adler⁷ postulaba ya desde 1908 la existencia de una *pulsión agresiva primaria*. Y sin embargo, según observa Ernest Jones⁸, la concepción de Adler es más sociológica que psicológica, pues la entendía como una lucha por el poder y con el fin de garantizar la superioridad. La concepción freudiana bordeaba en cambio la biología como la química y la física.

También para entender esta peculiar resistencia o punto ciego de Freud ante la agresividad dominante en el ser

3 El primer aspecto necesario de abordar es la traducción al español del término alemán *Trieb*, no existiendo consenso entre los distintos autores. Existe la tendencia mayoritaria a utilizar el término pulsión en lugar de instinto para traducir el vocablo alemán *Trieb*, dado que la primera expresión refleja con mayor fidelidad el sentido en que Freud usó el término *Trieb*, diferenciándolo claramente de la expresión alemana *Instinkt*. Para Freud *Instinkt* designa una conducta hereditaria, predeterminada genéticamente, cuyo objeto y fin están prefijados por naturaleza. A diferencia de lo anterior, *Trieb* implica un empuje que hace tender al organismo hacia un objeto y un fin que permitan la satisfacción pulsional, no estando éstos prefijados. Si bien la terminología recién descrita es la más aceptada, existen autores que no adhieren a ella. Esto puede deberse en parte a la traducción efectuada por Strachey de la obra de Freud del alemán al inglés en la Standard Edition, en la que emplea el término inglés *instinct* para traducir la palabra alemana *Trieb*.

Entre los autores franceses existe aceptación de la palabra pulsión como la mejor traducción para *Trieb*, aunque al referirse a los conceptos establecidos por Freud en su última teoría pulsional estos autores han preferido utilizar los términos instinto de muerte e instinto de vida con el fin de denotar que esta teoría se encuentra en un nivel distinto de abstracción respecto de las dos teorías pulsionales precedentes.

4 FREUD, Sigmund, Obras Completas, Volumen XXI. *El Malestar en la Cultura* (*Das Unbehagen in der Kultur*) (1930), Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979

5 FREUD, Sigmund, Obras Completas, Volumen XXI. *El Malestar en la Cultura* (*Das Unbehagen in der Kultur*) (1930), Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979

6 *Ibid.*

7 Alfred Adler fue el primer y más importante disidente en la historia del psicoanálisis (1908) al crear una teoría paralela que sustituía la libido por el instinto de poder. Adler expresa su teoría fundamentalmente en su libro “El carácter neurótico” publicado en 1912 luego de su ruptura con Freud.

8 ONES, Ernest, *Vida y Obra de Sigmund Freud*,. Barcelona: Editorial Anagrama, 2001. [JONES, E., *Sigmund Freud: Life and Work* 3 vols. Londres: Hogarth Press (1953-1957)].

humano es necesario volver la vista para situarse en el ambiente de la clase media europea antes de la primera guerra mundial. No había habido guerras de importancia desde 1871 (guerra franco-prusiana). La burguesía iba progresando constantemente, tanto en lo político, lo social y lo epidemiológico, de allí que el antagonismo entre las clases se iba reduciendo. El mundo parecía pacífico y cada vez más civilizado, sin embargo se incubaban poderosos bancos de ira⁹ que darían lugar a los cruentos sucesos de la primera Guerra Mundial¹⁰, que dejó 10 millones de muertos. El mundo asistió atónito, al poder destructor empleado por los seres humanos, enfrentados en una contienda de una atrocidad sin precedentes. El ser humano dejaba a la vista lo peor de sí, su condición predatoria y asesina. Es así como Freud llega a afirmar:

...estos jóvenes viejos no se preguntan... cuántas viviendas faltan en nuestros países... y a veces ni en su propio país... hay muchos médicos que no comprenden... que la salud se compra... y que hay miles... y miles... y miles de hombres y mujeres en América Latina... que no pueden comprar la salud...

“el ser humano no es un ser manso, amable, a lo sumo capaz de defenderse si lo atacan, sino que es lícito atribuir a su dotación pulsional una buena cuota de crueldad (...) el prójimo no es solamente un posible auxiliar y objeto sexual, sino una tentación para satisfacer en él la agresión, explotar su fuerza de trabajo sin resarcirlo, usarlo sexualmente sin su consentimiento, desposeerlo, humillarlo, infligirle dolores, martirizarlo y asesinarlo”.¹¹

Al igual que otros de sus contemporáneos Freud quedó impresionado por las experiencias de la primera guerra mundial. La explosión de las fuerzas destructivas representó para él el final de la *ilusión del progreso* imparables de la humanidad. Al respecto, afirmó que se comenzaba a mostrar que “los hombres cometen actos de crueldad,

perfidia,

9 VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, “Los Bancos de Ira”, Revista Observatorio de la Cultura, 1998.

10 Hijo de la alianza entre el racismo (el Ciclón Alemán) y la técnica permitirá difundir la muerte; el interior de la verdad suprema se burla. El temblor es un mal experimento como el natural del aire.

Bajo un aire cada vez más olfativo construyen un mundo tan abierto el hombre se pregunta: ¿qué es el mal? La posibilidad de ser parte de los tecnológicos”. Sloterdijk, “El temblor”, en: El temblor de respirar es la que nos hace involuntarios de la vida (Ver Artículo completo en: NÓMADAS, Revista de Filosofía, 1998, pp. 168-178).

11 FREUD, Sigmund, “El mal”, Amorrorru Editores, 1998.



de los Bancos de Ira

desinfección con el fin de terminar judíos). La ejecución de la condena de una secta. La

vió a Vietnam, o un mundo de la envoltura

ización y el confort de nada se encuentran. “El terror hace experimentar desde su tenor de los avances deludible costumbre hábito, se convierten en su inocencia. de la inmunidad”, En 2008 -1º / 1 | pp. 159-

1930), Buenos Aires,

traición y barbarie, sin justificación alguna”¹² y advierte la persistencia del mal, reafirmando la imposibilidad de erradicar los impulsos egoístas, destructivos y crueles. Freud develó y compuso el catálogo de los espantos y horrores de los que el ser humano, como animal asesino, llegaría a ser capaz de producir. De modo que pareciera que “nada es más humano que el crimen. Lo que parece más inhumano ha sido reintroducido en lo humano por Freud (...) El núcleo del sueño es la transgresión de la ley, sus contenidos –sadismo, crueldad, perversión, incesto– son deseos reprimidos. Se sueña contra la ley (...) de allí que quien sueña delinque”.¹³

12 FREUD, Sigmund, “De guerra y muerte. Temas de actualidad” (1915), *Obras Completas*, Volumen XIV, Amorrortu, Buenos Aires, 1979

13 TENDLARZ, Silvia E., *¿A quién mata el Asesino? Psicoanálisis y Criminología*, Editorial, Grama, Buenos Aires, 2008

2.- Más allá del principio de placer: La pulsión de agresión.

Sin embargo, como hemos anticipado, en sus escritos iniciales, Freud examinó la **pulsión agresiva** predominantemente en el contexto del sadismo y sin asignarle una dimensión predeterminante. Sus primeros análisis extensos del sadismo se hallan en *Tres ensayos de teoría sexual* (1905).¹⁴ En el primero de los ensayos Freud consideraba la agresividad uno de los instintos componentes del instinto sexual. Y decía: “El sadismo correspondería así a un componente agresivo del instinto sexual independizado y exagerado y, por desplazamiento, usurpador de la posición principal”.¹⁵ Sin embargo, en el segundo ensayo reconocía la primitiva independencia de las mociones (Triebregung)¹⁶ agresivas¹⁷: “Tenemos derecho a suponer que las mociones crueles fluyen de fuentes en realidad independientes de la sexualidad, pero que ambas pueden entrar en conexión tempranamente ... “. Las fuentes independientes señaladas debían reconducirse a las pulsiones de autoconservación.

Freud también había reparado en el hecho clínico de “la compulsión a la repetición”, concebida como un proceso incoercible, de origen inconsciente en que el individuo tiende a reproducir experiencias antiguas de displacer y dolor, sin conciencia de estar repitiendo y más aún con la idea que se trata de una experiencia completamente motivada en lo actual.

Freud había considerado anteriormente la repetición como parte de la definición del inconsciente y del retorno de lo reprimido. La acción de repetir obedecía a la presión de impulsos en busca de satisfacción. Desde esta perspectiva se entienden los síntomas, los sueños y la repetición en la transferencia, como una necesidad del conflicto reprimido de actualizarse. Tal como señala Freud en 1919: "...lo que ha permanecido incomprendido retorna; como alma en

14 FREUD, Sigmund, *Obras completas*, Volumen VII, “Tres ensayos de teoría sexual” Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie (1905), Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

15 Ibid

16 “Triebregung” (moción): Término utilizado por Freud para designar la pulsión bajo su aspecto dinámico, es decir, en tanto que se actualiza y se especifica en una determinada estimulación interna. El término Triebregung aparece por vez primera en *Las pulsiones y sus destinos* (Triebe und Triebchicksale, 1915), pero la idea que expresa es muy antigua en Freud. Así, en el Proyecto de psicología científica (Entwurf einer Psychologie, 1895), habla de estímulos endógenos (endogene Reize) para designar exactamente la misma cosa. Existe muy poca diferencia entre Triebregung y Trieb (pulsión): con frecuencia Freud emplea un término por otro. Con todo, si resulta posible efectuar una distinción tras la lectura del conjunto de los textos freudianos, sería la siguiente: la moción pulsional es la pulsión en acto, considerada en el momento en que una modificación orgánica la pone en movimiento. Así, pues, según Freud, la moción pulsional se sitúa al mismo nivel que la pulsión; cuando la pulsión se concibe como una modificación biológica y, por consiguiente, estrictamente hablando, más acá de la distinción consciente-inconsciente, esto mismo es válido para la moción pulsional: “Cuando hablamos de una moción pulsional inconsciente o de una moción pulsional reprimida, se trata de un modo de hablar inexacto, aunque sin importancia. En realidad, sólo podemos referirnos a una moción pulsional cuyo representante representativo es inconsciente y, en efecto, no puede tratarse de otra cosa». A nuestro juicio no conviene traducir Triebregung, como a menudo se hace, por “emoción pulsional”, término perteneciente al registro de los afectos, lo que no sucede con el término alemán ni con el equivalente adoptado en inglés de *instinctual impulse*. Proponemos volver a utilizar el antiguo término «moción», tomado de la psicología moral, que nos parece más próximo al término *Regung*, substantivo derivado del verbo *regen*, «mover», y a sus empleos freudianos. Observemos que *motion pulsionnelle* se inscribe en la serie de términos psicológicos usuales motivo, móvil, motivación, todos los cuales hacen intervenir la noción de movimiento. Añadamos que *Regung* se encuentra también en Freud aparte de la expresión Triebregung, por ejemplo en Wunschregung, Affektregung, con el mismo matiz de movimiento interno.

17 Las contribuciones de Freud a la teoría clásica de la melancolía derivan de su concepción sobre la agresividad y la culpa. Tradicionalmente, las teorías acerca de la melancolía de los primeros psicoanalistas que la estudiaron, se caracterizan por la importancia concedida a la agresividad. En revisiones relevantes como la de Millon se habla de introyección de la agresión y en la de Gabbard del modelo de la ira introyectada. Debido a ello, han sido englobadas en una misma, la teoría clásica (Tellenbach, Kristeva), adscrita a Freud.

pena, no descansa hasta encontrar solución y liberación"¹⁸. Hasta entonces, Freud consideraba la repetición como la forma básica del trabajo psíquico, como un modo de ligar las excitaciones a representaciones mentales para poder así mitigarlas y elaborarlas.

En 1914¹⁹ Freud considera que repetir es una forma de recordar y que las repeticiones que se muestran en la transferencia llevan luego al despertar de los recuerdos, en la medida en que el analista logre traducir la acción en palabras. La repetición estaría en ese caso subordinada al principio del placer al posibilitar la simbolización.

Sin embargo, la compulsión a la repetición que Freud busca mostrar en *Más allá del principio del placer*²⁰ se refiere a un residuo donde la repetición se sitúa en un primer plano. Freud entiende la compulsión a la repetición como una manifestación de la pulsión de muerte, caracterizada por una tendencia más elemental e independiente de la obtención de placer, que obedece a la necesidad de repetir compulsivamente lo ingrato (el displacer), y donde no es posible encontrar el deseo de satisfacción, ni siquiera en forma de transacción o compromiso²¹. Esta compulsión ejerce su actividad en muy diversos registros, contradiciendo al principio del placer. De acuerdo a Freud: "... la repetición trae consigo la producción de un placer de otro tipo, una producción más directa"²². Aún más: "...la compulsión a la repetición nos aparece como más originaria, más elemental, más pulsional que el principio del placer que ella destrona".²³

Pero, como suele suceder con Freud, todo esto, muy en contraste con la línea principal de su teoría general, estos pensamientos latentes, no se explicitan con toda su fuerza hasta mucho después. En la sección 4ª de *Una teoría sexual* (1905) escribe: "Puede suponerse que los impulsos de la crueldad nacen de fuentes de hecho independientes de la sexualidad, pero unidas a ella en una fase primitiva".²⁴

En la edición de 1915 de los *Tres ensayos* se modificó este pasaje, consignando en su lugar que "la moción cruel proviene de la pulsión de apoderamiento" y eliminando la frase sobre su independencia respecto de la sexualidad. Es así que Freud hasta 1915, esto es, durante los veinte primeros años de sus trabajos, se limitó a definir los términos del conflicto mental como derivados, por una parte de las pulsiones del Yo, y en particular del instinto de conservación.

El 1914, la que fuera la primera formulación de Freud fue puesta en cuestión, pues razones convincentes²⁵ le llevaron a introducir el concepto de narcisismo,²⁶ y a incluir en ese amor por uno mismo la pulsión de conservación.

18 FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Vol XVII, "Lo siniestro", 1919, Buenos Aires, Amorrortu, 1979

19 FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Vol. XII, "Repetir y reelaborar", 1914, Buenos Aires, Amorrortu, 1979

20 FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Volumen XVIII - "Más allá del principio de placer"(1920). Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

21 LAPLANCHE J., "La pulsión de muerte en la teoría sexual". En: Laplanche J., *La pulsión de muerte*. Buenos Aires, Amorrortu, 1991

22 FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Volumen XVIII - "Más allá del principio de placer"(1920). Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

23 Ibid.

24 FREUD, Sigmund, *Obras completas*, Volumen VII, "Tres ensayos de teoría sexual" (1905), Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

25 FREUD, Sigmund, *Obras completas*, Volumen XIV, - Trabajos sobre metapsicología, y otras obras (1914-1916); "Introducción al narcisismo" (1914), Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979

26 Para mayores precisiones remitirse al estudio de Maurice Bénédict, "Théorie de l'instinct", in *La théorie psychanalytique*, Paris, P.U.F., 1969.

En *Los instintos y sus destinos* (1915) continuaba Freud ambos pensamientos: el de la destructividad, componente del instinto sexual y el de la fuerza independiente de sexualidad. Pero en este mismo trabajo adopta también Freud la otra posición ya expuesta en *Una teoría sexual* –si bien la alteró en 1915–, a saber la de una agresividad independiente del instinto sexual. Esta hipótesis alternativa supone que los instintos del ego son el origen de la agresividad.²⁷

Más adelante la pulsión de muerte sería designada asimismo con el nombre de Tánatos, en oposición al “divino Eros”, que representaba a la pulsión de la vida” Excepto en conversaciones privadas, Freud utilizaba indistintamente los términos de pulsión de muerte o de pulsión de destrucción; pero en una discusión con Einstein a propósito de la guerra, establecería una distinción entre ambos. La pulsión de muerte estaría dirigida contra sí mismo, mientras que la segunda, derivada de aquella, estaría dirigida contra el mundo exterior. En 1909 Stekel²⁸ había ya utilizado el término de Tánatos para designar un anhelo de muerte, pero le había de corresponder a Paul Federn la difusión del término en su acepción presente.

No fue sino hasta que **Freud estableció la hipótesis de una “pulsión de muerte” que salió a luz una pulsión agresiva realmente independiente**; esto ocurrió en *Más allá del principio de placer* (1920)²⁹, en particular en el capítulo VI, si bien cabe destacar que incluso en ese escrito y en otros posteriores, como en el capítulo IV de *El yo y el ello* (1923)– la pulsión agresiva era aún algo secundario, que derivaba de la primaria pulsión de muerte, autodestructiva. Y lo mismo es válido para *El Malestar en la Cultura*³⁰ –aunque aquí el énfasis recae mucho más en las manifestaciones exteriores de la pulsión de muerte– y para los subsiguientes exámenes del problema en la 32ª de las *Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis* (1933) y en diversos lugares de su *Esquema del psicoanálisis* (1940).³¹

En la década final de su vida, Freud, hace provenir a la **culpa** de la renuncia a la “hostilidad y placer de agredir” (1932) y poco después (1933-31a) la define como la “tensión entre el yo y el superyó” (no ya con el ideal del que es “portador”) que conlleva su “complemento erótico”, la “inferioridad moral”, aunque aludirá también a una culpa como “sentimiento inconsciente”, “porción de agresión interiorizada y asumida por el superyó”. Éste, con función de “conciencia moral”, “lleva a cabo” la represión, que podría ser de “rigor despiadado, aunque la educación fuera indulgente”). “Comandado por las primerísimas figuras parentales”, las identificaciones con “padres posteriores” al Edipo “no influyen más”. Reiterará que el **masoquismo**, “más antiguo que el sadismo”

27 FROMM, Erich, *Anatomía de la Destructividad Humana* (1973), Siglo XXI Editores, S.A, México, 1991, p. 433.

28 En otoño de 1902 nació modesta e informalmente la Psychologische Mittwoch-Gesellschaft (literalmente: «Sociedad Psicológica de los Miércoles»). Los médicos vieneses Max Kahane, Rudolf Reitler, Alfred Adler y Wilhelm Stekel se empezaron a reunir, a iniciativa de este último, en la casa de Freud cada miércoles por la noche. Este pequeño grupo formó el núcleo de lo que se convertiría, en 1908, en la Asociación Psicoanalítica Viena (Wiener Psychoanalytische Vereinigung)

29 FREUD, Sigmund. *Obras Completas*, Volumen XVIII - “Más allá del principio de placer”, Psicología de la masas y análisis del yo, y otras obras (1920-1922). 1. “Más allá del principio de placer” (1920), Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979.

30 FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Volumen XXI. “El Malestar en la Cultura” (Das Unbehagen in der Kultur) (1930), Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979

31 STRACHEY, James, *Introducción a El malestar en la cultura* (1930 [1929]).

es “la pulsión de destrucción vuelta hacia fuera” o sea, “destruir a otras personas o cosas para no destruirnos”. “Una parte” de la pulsión agresiva que “regresa del exterior” será “ligada por el superyó y vuelta así contra el yo”, tras sobrepasar una “guarnición militar” y otra quedará “libre” con “actividad muda”.

Es así como la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo, debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada”.

Freud utilizará el termino de “super-ego”, para referirse a la presión institucional de estas instancias externas, que al modo de un celoso y severo guardián de las normas morales, procura actuar como un dique de contención sobre la conciencia del “yo”, el cual debe evitar que los ocultos instintos provenientes de la zona inconsciente del “ello”, se exterioricen de forma directa y espontánea, sin adaptarse a los convencionalismos y creencias del mundo externo.

En su opinión, el sentimiento de culpabilidad se incuba progresivamente en la conciencia del “yo”, como estructura diferenciada del “ello”, cuando entran en conflicto sus imperiosas tendencias, con las impositivas y represoras exigencias del super-ego”, como estructura diferenciada del “yo”: “El sentimiento de culpabilidad, afirma en *El Malestar de la Cultura*, es la percepción que tiene el “yo” de la vigilancia que se le impone, es su apreciación de las tensiones entre sus propias tendencias y las exigencias del “super-Yo”.³² Freud piensa que el “super-Yo” como garante de la racionalidad social, debería utilizar su poder, no para imponer coercitivamente sus normas morales, sino para despejar las trabas a la apetitivo orgánico y facilitar su satisfacción. De ahí su animadversión por la función del super-ego, cuya estructura social se opone a este despliegue y lo reprime.

Para el psicoanalista vienés, según la intensidad de interiorización de las exigencias morales impuestas por la autoridad del “super-ego”, autoridad derivada del temor del yo infantil, emergerá, con mayor o menor grado el propio sentimiento de culpa: “Cuando la autoridad es internalizada al establecerse un “super-yo”, los fenómenos de la conciencia son elevados a un nuevo nivel, y en consecuencia, sólo entonces se puede hablar de conciencia moral y de sentimiento de culpabilidad.³³ Allí, en términos de Nietzsche el hombre se hace su *alma*.

3.- Freud, Psicoanálisis y Expresionismo: la peste, los poderes de la norma y la higiene social.

Para Freud: “La conciencia de culpa preexiste a la falta; la culpa no procede de la falta, sino a la inversa, la falta proviene de la conciencia de culpa. A estas personas es lícito designarlas como 'criminales' por sentimiento de culpabilidad”.³⁴ Así el hombre es culpable no por acción, sino por condición, es potencialmente un criminal. Su

32 FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Volumen XXI. *El Malestar en la Cultura (Das Unbehagen in der Kultur)* (1930), Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979

33 Ibid

34 FREUD, Sigmund: *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1995, Vol.14: Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo

crimen reside en la fantasía y en los deseos culpables de la infancia, porque la pulsión de muerte exigió y obtuvo, de una u otra manera, una satisfacción. Las satisfacciones disfrazadas, secretas, latentes se manifiestan por *síntomas*: la culpabilidad es asimilable a esos síntomas. La institución ya semi-neurótica de un acusador, de un fiscal del otro, del *superyó* es el agente de la pulsión de muerte.³⁵

“Cuanto más inocentes somos, es decir, cuanto mejor nos apartamos de nuestras pulsiones agresivas, más pasan éstas al servicio del superyó y mejor armado está para torturarnos. Así los más 'inocentes' llevan la carga más pesada de culpabilidad.”³⁶

Freud estaba persuadido de que era propio de la naturaleza misma de la doctrina analítica, en lo que respecta –por ejemplo– a esta concepción de la culpa, presentarse como chocante y subversiva.

Cuando Freud navegaba hacia los Estados Unidos para pronunciar unas conferencias sobre Psicoanálisis, –con su habitual humor cáustico– decía a sus compañeros de viaje: “Ellos piensan que les traemos la cura cuando en realidad *les traemos la peste*”.³⁷

Freud previó en varias ocasiones que el psicoanálisis hallaría su verdadera tierra de promisión en Norteamérica. La buena acogida que se le dispensó en 1909 en la Universidad de Worcester, en contraste con la hostilidad crónica que en Viena se cernía hacia su persona y su obra, está en el origen de esta apreciación. Mas, a pesar de ello, Freud insistió en que la lucha por el psicoanálisis tenía que decidirse en los viejos centros de cultura, en la vieja Europa que tanta resistencia le oponía a sus teorías.

Durante un discurso pronunciado en Viena en 1955, muy cerca de la casa de Freud, Jacques Lacan desarrolló la idea muy francesa y muy surrealista –piénsese en Antonin Artaud– según la cual la invención freudiana sería comparable a una epidemia susceptible de invertir los poderes de la norma, de la higiene y del orden social: *la peste*. Europa contra Estados Unidos.

“Así es –afirmó ese día– como la frase de Freud a Jung, de cuya boca la conozco, cuando, invitados los dos en la Clark University, tuvieron a la vista el puerto de Nueva York y la célebre estatua que alumbra al universo: ‘No saben que les traemos la peste’, le es enviada de rebote como sanción de una hybris cuyo turbio resplandor no apagan la antífrasis y su negrura. La Némesis, para agarrar en la trampa a su autor, sólo tuvo que tomarle la palabra. Podríamos temer

psicoanalítico (1916): “Los que delinquen por sentimiento de culpabilidad” Extraído de: Sigmund Freud. Obras completas. Volumen 14 (1914-1916). Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1979

35 VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, “[Freud y Kafka: criminales por sentimiento de culpabilidad, crueldad, neurosis y civilización](#)”, En EIKASIA, Revista de la Sociedad Asturiana de Filosofía SAF, [Nº 55 – marzo, 2014](#) - ISSN 1885-5679 – Oviedo, España, pp. 73-92. <http://www.revistadefilosofia.org/55-04.pdf>

36 MANNONI, Octave, *Freud; El descubrimiento del inconsciente*, Ediciones Nueva Visión SAIIC., Buenos Aires, 1987, pp. 139 – 140

37 KRACAUER, Siegfried, *De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán (1947)*, Ediciones Paidós Ibérica, S.A.; 1ª ed., 1995.

que hubiese añadido un billete de regreso en primera clase.”³⁸

Efectivamente el psicoanálisis es un jarabe duro de tragar, que atenta contra el *narcisismo primario*, atenta contra la auto-complacencia humana, el bien y el mal a menudo no son más que construcciones culturales y sociales con lo que gran parte de lo mejor de nosotros mismos es víctima de una represión.

“La singularidad del psicoanálisis, la singularidad que le confiere toda su fuerza de ruptura y roda su amplitud de época, consiste en haber inaugurado un modo de pensamiento que disuelve el sentido por principio, que no sólo simplemente lo reenvía fuera de la verdad y fuera del rigor (como podían hacerlo, aun en tiempos de Freud, otros vieneses), sino que destituye el sentido por principio, reconduciéndolo a su demanda y exponiendo la verdad como decepción de la demanda.”³⁹

En la medida en que el psicoanálisis se coloca por principio bajo el signo de una terapia, y aunque fuese a la mayor distancia de toda normalización y ‘confortación del Yo’, pero en la medida en que precisamente no señala nada en el mundo que pueda llamarse estado normal o sano y a partir de lo cual pueda regular su proceder, el psicoanálisis no puede ser concebido simplemente como una terapia interna del mundo; pero por otra parte tampoco puede evitar enfocarse la terapia del mundo mismo, de ‘todo el mundo’. Eso es a lo que *El Malestar en la cultura* parece responder con su constatación de impotencia. Pero es lo que acaso deberíamos comprender de manera distinta hoy en día: *no es que el mundo sea incurable, es que sencillamente no está allí para ser curado.*⁴⁰

Volviendo sobre el mítico viaje de Freud a EE.UU. recreando la lúgubre figura de Nosferatu podemos señalar que fue precisamente el expresionismo alemán el que aportó el marco idóneo para elaborar el temor a lo sobrenatural⁴¹, lo onírico (bello y siniestro) y la estética de ‘diabléríe’. Influido indirectamente por el Romanticismo fue el viejo Schopenhauer quien dio cuenta de la inquietante serenidad de mármoles y estatuas, la estricta jerarquía de cánones y valores que era barrida por un viento originado en las turbulencias del sujeto. Cabe precisar, sin embargo, que Schelling, Fichte e incluso Hegel, son quienes manifiestan una tendencia romántica, en Schopenhauer hallaríamos, más bien, algo más cercano a lo que, en el mundo del arte, se conocería como Expresionismo.

Mientras los románticos auténticos morían o enloquecían antes de cumplir los treinta, los otros precisamente a esa edad ingresaban al servicio del Estado o restablecían sus mentes perturbadas con el agua bendita de la Iglesia Católica. Ante este panorama demencial nada tenía de raro que el mismo Goethe pronunciase la sentencia: lo

38 LACAN, Jacques, *Escritos*, vol. 1, op. cit., p. 386

39 NANCY, Jean-Luc, *El sentido del Mundo*. Ed. La Marca, Buenos Aires Argentina. 2002, p. 77

40 El mundo es el espacio donde el sentido se compromete o se inventa, más allá de la verdad, y en consecuencia, más allá de la ‘responsabilidad de la verdad’ sobre la cual debe desembocar el proceso analítico.

41 PRIANTE, Antonio, *El silencio de Goethe o la última noche de Arthur Schopenhauer*, Ed. Caoba, Barcelona, 2006

clásico es lo sano, lo romántico es *lo enfermo*.⁴²

Así el *Nosferatu* de Murnau aparece como emulación de la pesadilla que la historia de *Dracula* (Bram Stoker) requería. El conde Orlok es un ser de fisonomía imposible; grotesco, siempre cobijado en lugares lóbregos, artífice de la peste bubónica... Es un fantasma que habita un ignoto castillo erigido como monumento a su soledad; la soledad del monstruo. Lo que predomina durante 'Nosferatu' es el temor a un ser que trae la peste y –con ello– maldición y mortandad.

La llegada del barco al puerto con *Nosferatu* de pie sobre la cubierta es una escena imborrable, sobrecogedora, definitiva. Pero, ¿qué trae el vampiro a la ciudad, qué terrible carga lo acompaña? Trae la peste, pues el barco está lleno de ratas. También aparecen las ratas, incontables ratas en ebullición, en la lúgubre mansión de Carfax de la novela de Stoker, aunque huyen despavoridas ante la presencia de los perros que lleva el grupo intruso encabezado por Van Helsing. En la película de Murnau el mal se identifica con la epidemia de peste bubónica, de innegables resonancias bajomedievales, una evocación temporal que está en la propia estética, en la puesta en escena y en los decorados del filme, algo que ni mucho menos es ajeno al expresionismo cinematográfico alemán, poderosa corriente artística del periodo de la República de Weimar a la que pertenece la obra. Pero el guionista, con aquella imprevista comunicación telepática, no sólo está indicando el “poder sobrenatural del amor”, sino que quien vence al vampiro, quien lo destruye definitivamente, es la joven esposa, Ellen Hutter, pues lo espera y permite que se introduzca en su habitación, reteniéndolo hasta que se hace de día y *Nosferatu* se desvanece. La pureza, la inocencia, han vencido al mal.⁴³

4.- El Freudomarxismo y la domesticación de la personalidad neurótica: reeducación del exabrupto y fin de la revuelta.

Cabe revisar la capitulación del Psicoanálisis como “crítica cultural” en manos de los neofreudianos, que han “reorientado” –domesticado– el psicoanálisis “hacia la tradicional psicología consciente de textura prefreudiana” La afirmación de Freud en su viaje acerca que en lugar de llevar la salud “les trae la peste”, es una iluminadora metáfora de los aspectos subversivos de su psicoanálisis. Lamentablemente la institucionalización ulterior de los grupos psicoanalíticos, incluyendo el de Viena que comanda el propio Freud, los pone en la antípoda: su quehacer se domestica y se torna funcional a las normas de la cultura –individualista y neoliberal– y a las condiciones de la sociedad de consumo y los sistemas políticos conservadores; y su práctica se torna elitista, restringida a los sectores medio-altos de la población, a esa suerte de intelectualidad neoyorquina. Freud crea una disciplina heurística, que, como todas ellas, alberga en su seno el germen de su propia consunción. Renuncia a la demostración de los postulados, reemplazándola por las afirmaciones dogmáticas, descalificadoras frente a toda

⁴² Ibid.

⁴³ KRACAUER, Siegfried, *De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán*, Barcelona, Paidós, 1985, pp. 78-79

disidencia, por la masificación ideológica y el abaratamiento conceptual y problemático. Los distintos desarrollos post-freudianos retoman y exageran estos vicios epistemológicos, agregándole un desprecio visceral a cualquier método cuantitativo.

Entre la frase de Freud: “¡No saben qué les traemos la peste...!” y la aceptación de esta disciplina e incluso su popularización en el contexto cultural de la masa, debida a estos hombres de la segunda generación de psicoanalistas parecería haber una distancia, un deslizamiento.

El ataque de Lacan a la *Psicología del Yo*, no busca adaptar al hombre al *american way of life*, ni es una teoría de la libre empresa. Se trata de otro fenómeno. Es un medio dónde el positivismo de la psicología oficial impregna toda la actividad científica, entonces esta clase de psicología intenta cumplir con las exigencias propias de éstas demandas.

De una manera o de otra, se trata quizá de un salto, en el que la teoría cedió a las necesidades de consumo espiritual de esta nueva cultura, por otra parte, un paso estrictamente necesario para la supervivencia de estos refugiados.

Las diferencias se hacen patentes tras la muerte de Freud. El psicoanálisis se convierte en una psicoterapia que busca perfeccionarse en su eficiencia. El psicoanalista se convierte en un especialista médico costoso, más preocupado por el reconocimiento público y las restricciones sociales, que por el estudio y el avance del desciframiento del Inconsciente. La técnica sufre transformaciones importantes y se vuelve a insistir en procurar el encuentro del “significado” del síntoma, alcanzar como meta del análisis, procurar “el crecimiento emocional del paciente”.

Las tesis mantenidas por los revisionistas neofreudianos han sido blanco de innumerables críticas. Basta aquí citar la de Herbert Marcuse en *Eros y civilización*⁴⁴, en donde habla de que “la profunda dimensión del conflicto entre el individuo y su sociedad, entre la estructura instintiva y el campo de la conciencia fue allanada” por los neofreudianos, que han reorientado el psicoanálisis “hacia la tradicional psicología consciente de textura prefreudiana”. O la de Theodor W. Adorno, el cual critica el optimismo de Karen Horney y los neofreudianos, pues el hablar “del costado luminoso del individuo y de la sociedad, y no del sombrío, es exactamente la ideología oficialmente admitida y respetable», mientras que Freud, con su biologismo y su pesimismo, “apunta a la verdad sobre unas relaciones de las que nada se dice”.

Críticas aparte, debe decirse que la obra de Karen Horney⁴⁵ está enraizada en una de las dicotomías originales del psicoanálisis: la de que éste, siendo por una parte una teoría crítica del individuo y de la sociedad, es, por otra, una

44 MARCUSE, Herbert, “Crítica del revisionismo neofreudiano”, en *Eros y civilización*, Ed. Seix Barral; Barcelona, 1968
45 HORNEY, Karen, *La personalidad neurótica de nuestro tiempo*, Ediciones Paidós, Barcelona, 1984.

terapia individual cuya función es adaptadora. La misión del psicoanálisis como terapia es la de restituir al individuo, alienado por su neurosis, a la sociedad.

Ahora bien, *Eros y civilización*, procura la reconciliación del marxismo con el pensamiento freudiano, demuestra ya un elemento esencial de la concepción marcusiana de la “sociedad industrial”. El psicoanálisis nace en plena época “liberal”, en la cual el “desarrollo del individuo libre” aparece como el motor del desarrollo económico y social. Freud demuestra que “la compulsión, el rechazo y la renunciación son el material que forma a la personalidad libre”. Como el joven Marx demostraba que el propio capitalismo estaba enajenado por el dinero. Pero Freud sólo psicoanalizaba a burgueses, a menudo marginales. Al llegar a Estados Unidos, Marcuse comprueba que el psicoanálisis, terapéutica liberatoria individual, se ha convertido en factor de integración: “Mientras el psicoanálisis reconocía que la enfermedad del individuo es, en última instancia, ocasionada y mantenida por la civilización, la terapéutica psicoanalítica intenta curar al individuo de manera que pueda continuar actuando como parte de una civilización enferma, sin capitular completamente ante ella”. La terapéutica es un curso de resignación que “transforma –decía Freud- la desgracia histórica en desdicha trivial”.⁴⁶

Finalmente cabe precisar que en las teorizaciones Marcuse (como en las de E. Fromm), el ser humano es esencialmente un *buen salvaje*, víctima de estructuras sociales en cuya creación parece no haber intervenido, ni encontrar ningún beneficio; tan solo el sufrimiento de verse aprisionado e incapaz de rebelarse contra un sistema social inhumano que le impide, incluso, percibir su alienación. La *represión* ha pasado de ser (en Freud) un mecanismo que activa el individuo, con objeto de evitar un comportamiento propio que supone peligroso para sí mismo, a ser (en los freudomarxistas) parte de una maquinaria al servicio del orden social.

5.- La influencia de Nietzsche en Freud.

En la amplia biografía de Ernest Jones sobre la vida y la obra de Freud, el autor menciona en varios párrafos las ideas de Nietzsche, algunos aforismos, e incluso señala influencias (aun en contra de la opinión del propio Freud). También es preciso señalar la estrecha relación de Freud con Lou Andreas Salomé, que había sido amiga y admiradora de Nietzsche, y que además escribió una biografía del filósofo.

Sobre la eventual influencia de Nietzsche sobre Freud, Jones señala que Freud lo negaba formalmente. La coincidencia entre la hipótesis tópica de Freud y el esquema nietzscheano se explica suficientemente por las preocupaciones “energéticas” comunes a ambos autores. Se advertirán más diferencias fundamentales que separan sus obras. Se puede imaginar lo que Nietzsche habría pensado de Freud: también ahí, habría denunciado una concepción demasiado “reactiva” de la vida psíquica, una ignorancia de la verdadera “actividad”, una impotencia

46 VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, “La crisis de la noción de sujeto y las psicopatologías del yo”, En Revista ESPIRAL N° 38 – Revista de Cultura y Pensamiento Contemporáneo, Tijuana, México, 2012.

http://www.revistaespiral.org/espiral_38/filosofia_adolfo.html

para concebir y provocar la verdadera “transmutación”. Se puede imaginar con bastante verosimilitud ya que Freud tuvo entre sus discípulos a un auténtico nietzscheano. Otto Rank criticaría a Freud “la idea insulsa y opaca de *sublimación*”. Reprochaba a Freud no haber sabido liberar la voluntad de la mala conciencia o de la culpabilidad. Quería apoyarse en fuerzas internas del inconsciente desconocidas para el freudismo, y reemplazar la sublimación por una voluntad creadora y artística. Lo que le hacía decir: Soy a Freud lo que Nietzsche a Schopenhauer, declaraba⁴⁷ Otto Rank.

El 1º de abril y el 28 de octubre de 1908 la Sociedad de Viena dedicó sendas sesiones a ocuparse de las obras de Nietzsche. En la primera de ellas Hitschmann leyó un fragmento de *La genealogía de la moral*⁴⁸ de Nietzsche y propuso varias cuestiones para la discusión. Freud, por su parte, contó, como lo hizo en otras ocasiones, cómo el carácter abstracto de la filosofía en general le había chocado a tal punto que había renunciado a estudiarla. Nietzsche no había influido para nada en sus propias ideas. Había tratado de leerlo, pero su pensamiento le había resultado tan exuberante que había renunciado a la tentativa. En la segunda sesión Freud se explayó más acerca de la sorprendente personalidad de Nietzsche. Aquí hizo una serie de interesantísimas sugerencias que no quiero anticipar en este momento, pero más de una vez afirmó que el conocimiento que Nietzsche tenía de sí mismo era tan penetrante que superaba al de todo otro ser viviente conocido y acaso por conocer. Para provenir del primer explorador del inconsciente, es éste un hermoso cumplido.⁴⁹ Vale la pena llamar la atención sobre una correspondencia realmente notable entre el concepto de Superyo y la exposición de Nietzsche sobre el origen de la "mala conciencia". Dice Nietzsche:

“Todos los instintos que no encuentran un desahogo son un "volverse hacia adentro, en un proceso de 'internalización': de ahí surgió en el hombre el primer brote de lo que se llamó su *alma*.” Todo el mundo interior del hombre se partió en dos cuando la descarga externa quedó obstruida. Estas terribles barreras de contención, con las que la organización social se protegió contra los viejos instintos de libertad los castigos pertenecen a esa barrera de contención trajo como resultado que todos esos instintos del hombre salvaje, libre, aventurero, se volvieran contra "el hombre mismo". La enemistad, la crueldad, el placer en la persecución, en las sorpresas, el cambio, la destrucción, el volverse estos instintos contra sus propios poseedores: esto fue el origen de la "mala conciencia". Fue el hombre quien faltándole enemigos y obstáculos externos, y aprisionado como estaba en la estrechez opresiva y la monotonía de la costumbre, en su propia impaciencia, lacerado, perseguido, corrido, perseguido y maltratado; fue este animal en manos de su domador que se golpeó contra los barrotes de su propia jaula; fue este ser quien languideciente, consumiéndose de nostalgia por esa vida de que había sido privado, se vio impulsado a crear desde las profundidades de su propio ser una aventura, una cámara de tortura, un azaroso y peligroso desierto; fue este loco, este prisionero lleno de nostalgia y desesperación quien inventó "la mala conciencia". Pero por este camino introdujo esta gravísima y siniestra enfermedad de la que la humanidad no se ha

47 RANK, Otto, *La voluntad de felicidad* (1929). Wahrheit und Wirklichkeit (Verdad y realidad), Traducido al francés, Editorial Stock.

48 NIETZSCHE, F. *La Genealogía de la moral; Un escrito polémico* (1887) (*Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift*), Alianza, Madrid, 1975.

49 FREUD, Sigmund, "Autobiografía" (1924 – 1925), *Obras Completas*, Vol. III, p. 361-362.

recuperado aún, el sufrimiento del hombre por culpa de la enfermedad llamada "hombre", como resultado de una violenta ruptura con su pasado animal, el resultado, por decirlo así, de zambullirse espasmódicamente en un nuevo ambiente y nuevas condiciones de existencia, el resultado de una declaración de guerra contra los viejos instintos, que hasta ese momento habían sido el sello de su poder, su alegría, su formidable grandeza".⁵⁰

Cabe apuntar que gran parte del mérito de Freud fue deshacerse (o disfrazar) del sesgo filosófico y humanista con el que se había formulado tempranamente la existencia de lo inconsciente (Schopenhauer y Nietzsche) y dotarlo, más bien, de un lenguaje psicologista afin con la ciencia de la época y lograr así "hacer entrar" al psicoanálisis en el "seguro camino de la ciencia" y ser declarado "método clínico" por el tribunal de la cultura que en ese momento no era sino la intelectualidad vienesa.

Como a William James y Pierre Janet, también a Sigmund Freud le había impresionado la rebelde realidad de los efectos telepáticos; no dudaba de que en ellos se reactivan funciones paleo-psicológicas. Pero Freud, como buen estratega, no quiso hacer proclamaciones ruidosas; sabía que hubiera sido fatal para el movimiento psicoanalítico que él lo hubiera implicado en una batalla cultural entre modelos de comunicación oculto-arcaicos y modelos ilustrados. Era consciente de que la suerte del psicoanálisis, como un cultivo de relaciones de proximidad específicamente moderno, estaba solo en su alianza con la Ilustración.⁵¹ De acuerdo con la esencia de la cosa también en las curas psicoanalíticas, como antes en el mesmerismo, habrían de presentarse aquellos efectos participativos preverbales pero que habían sido deformados bajo la ilusión individualista, convirtiéndose en secretos bizarros⁵².

6.- El concepto de culpa: La necesidad de castigo y la crueldad interiorizada.

¿Qué es esa cosa oscura que llamamos culpa? ¿Cuál es su origen y su modo de operar?

Tanto Freud como Nietzsche se han ocupado de la genealogía de este concepto⁵³; cada uno, desde ámbitos distintos, es verdad, pero señalando elementos que en forma sorprendente confluyen.

Si para Nietzsche, el castigo es una pseudoforma de justicia que enmascara el afán de dominio y resentida venganza hacia los culpables transgresores de las normas morales, para Freud, el castigo será el procedimiento

50 NIETZSCHE, F. *La Genealogía de la moral; Un escrito polémico (1887) (Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift)*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

51 VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, "[Sloterdijk: Secretos bizarros de Freud, discretas obsesiones telecomunicativas y primeras formaciones de psicología profunda europea](http://www.observacionesfilosoficas.net/freudsecretosbizarros.htm)", En Revista Observaciones Filosóficas - Nº 10 / 2010 ISSN 0718-3712 <http://www.observacionesfilosoficas.net/freudsecretosbizarros.htm>

Y – Vázquez Rocca, Adolfo, "[Sloterdijk: Modelos de comunicación oculto-arcaicos y moderno-ilustrados. Para una época de ángeles vacíos](http://www.ucm.es/info/nomadas/26/avrocca.pdf)", En NÓMADAS, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas - Universidad Complutense de Madrid, NÓMADAS. 26 | Enero-Junio.2010 (II), pp. 229-249. <http://www.ucm.es/info/nomadas/26/avrocca.pdf>

52 SLOTERDIJK, Peter, *Esferas I*, Ediciones Siruela, Madrid, 2003, p. 249

53 VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, [Negociación, culpa y crueldad: de Nietzsche a Freud](http://lexicos.free.fr/Revista/numero9articulo2.htm), En Revista LÉXICOS Nº 9, UE, 2007, <http://lexicos.free.fr/Revista/numero9articulo2.htm>

mediante el cual los atenazados por el sentimiento de culpabilidad, mediante su ascética autoagresión, buscan la catártica purificación de sus faltas y la amortiguación de sus tensiones, generadas por las imposiciones y amenazas del super-ego:

*“La tensión creada entre el severo “super-yo” y el “yo” subordinado al mismo, lo calificamos de sentimiento de culpabilidad, que se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo”.*⁵⁴

El hombre tiene la necesidad de ser castigado; intencionalmente es un criminal, su crimen reside en la fantasía y en los deseos culpables de la infancia, porque la pulsión de muerte exigió y obtuvo, de una u otra manera, una satisfacción. Las satisfacciones disfrazadas, secretas, latentes se manifiestan por *síntomas*: la culpabilidad es asimilable a esos síntomas. La institución ya semi-neurótica de un acusador, de un fiscal del otro, del *superyó* es el agente de la pulsión de muerte. *“Cuanto más inocentes somos, es decir, cuánto mejor nos apartamos de nuestras pulsiones agresivas, más pasan éstas al servicio del superyó y mejor armado está para torturarnos. Así los más ‘inocentes’ llevan la carga más pesada de culpabilidad”.*⁵⁵

La culpa, ese concepto que podemos situar tanto en los procesos de justicia entre las comunidades como en el ámbito de lo psíquico, está en estrecha relación con el concepto de deuda. Relación que supone un tercer elemento, el cual ha tratado de ser expulsado del territorio de las leyes, éste es el de la crueldad.

El instinto de agresión, la hostilidad natural de uno contra todos y de todos contra uno, se opone a los designios de la cultura. ¿A qué recursos apela la cultura —entonces— para contener la agresividad constitutiva? Por una parte a la introyección de esta agresividad: dirigiéndola contra el propio yo dando origen a esa estructura de la personalidad que Freud denomina super-yo, que actúa como conciencia (moral) generando aquella tensión que da origen a la “culpabilidad”. Así pues, la agresión es introyectada, internalizada, devuelta en realidad al lugar de donde procede: es dirigida contra el propio yo desplegando frente a éste la misma dura agresividad que el yo, de buen grado, habría satisfecho en individuos extraños. La tensión creada entre el *super-yo* y el *yo* subordinado al mismo la calificamos de sentimiento de culpabilidad y se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo. Por consiguiente, la cultura domina la peligrosa inclinación agresiva del individuo debilitando a éste, desarmándolo y haciéndolo vigilar por una instancia alojada en su interior, como una guarnición militar en la ciudad conquistada.

De la concepción freudiana de la culpabilidad se puede decir, en una primera aproximación, lo siguiente:

Conocemos dos orígenes del sentimiento de culpabilidad: uno es el miedo a la autoridad; el segundo, más reciente, es el temor al super-yo⁵⁶. El primero obliga a renunciar a la satisfacción de los instintos; el segundo impulsa,

⁵⁴ Ibid, p. 80.

⁵⁵ MANNONI, Octave, *Freud; El descubrimiento del inconsciente*, Ediciones Nueva Visión SAIIC., Buenos Aires, 1987, pp. 139 – 140.

⁵⁶ El sentimiento de culpabilidad se incuba progresivamente en la conciencia del “yo”, como estructura diferenciada del “ello”, cuando entran en conflicto sus imperiosas tendencias, con las impositivas y represoras exigencias del “super-ego”, como estructura diferenciada del “yo”: “El sentimiento de culpabilidad, afirma en *El Malestar en la Cultura*, es la percepción que tiene el “yo” de la vigilancia que se le impone, es su

además, al castigo, dado que no es posible ocultar ante el super-yo la persistencia de los deseos prohibidos. Por otra parte, ya sabemos cómo ha de comprenderse la severidad del super-yo; es decir, el rigor de la conciencia moral. Esta continúa simplemente la severidad de la autoridad exterior, revelándola y sustituyéndola en parte. Advertimos ahora la relación que existe entre la renuncia a los instintos y el sentimiento de culpabilidad. Originalmente, la renuncia instintual es una consecuencia del temor a la autoridad exterior; se renuncia a satisfacciones para no perder el amor de ésta. Una vez cumplida esa renuncia, se han saldado las cuentas con dicha autoridad y ya no tendría que subsistir ningún sentimiento de culpabilidad. Pero no sucede lo mismo con el miedo al super-yo. Aquí no basta la renuncia a la satisfacción de los instintos, pues el deseo correspondiente persiste y no puede ser ocultado ante el super-yo. En consecuencia, no dejará de surgir el sentimiento de culpabilidad, pese a la renuncia cumplida, circunstancia ésta que representa una gran desventaja económica de la instauración del super-yo o, en otros términos, de la génesis de la conciencia moral. La renuncia instintual ya no tiene pleno efecto absorbente; la virtuosa abstinencia ya no es recompensada con la seguridad de conservar el amor, y el individuo ha trocado una catástrofe exterior amenazante —pérdida de amor y castigo por la autoridad exterior— por una desgracia interior permanente: la tensión del sentimiento de culpabilidad.

Estas interrelaciones son tan complejas y al mismo tiempo tan importantes que a riesgo de incurrir en repeticiones aun quisiera abordarlas desde otro ángulo. La secuencia cronológica sería, pues, la siguiente: ante todo se produce una renuncia instintual por temor a la agresión de la autoridad exterior —pues a esto se reduce el miedo a perder el amor, ya que el amor protege contra la agresión punitiva—; luego se instaura la autoridad interior, con la consiguiente renuncia instintual por miedo a ésta; es decir, por el miedo a la conciencia moral. En el segundo caso se equipara la mala acción con la acción malévola, de modo que aparece el sentimiento de culpabilidad y la necesidad de castigo. La agresión por la conciencia moral perpetúa así la agresión por la autoridad. Hasta aquí todo es muy claro; pero, ¿dónde ubicar en este esquema el reforzamiento de la conciencia moral por influencia de adversidades exteriores —es decir, de las renunciaciones impuestas desde fuera?; ¿cómo explicar la extraordinaria intensidad de la conciencia en los seres mejores y más dóciles? Ya hemos explicado ambas particularidades de la conciencia moral, pero quizá tengamos la impresión de que estas explicaciones no llegan al fondo de la cuestión, sino que dejan un resto sin explicar. He aquí llegado el momento de introducir una idea enteramente propia del psicoanálisis y extraña al pensar común. El enunciado de esta idea nos permitirá comprender al punto por qué el tema debía parecernos tan confuso e impenetrable; en efecto, nos dice que si bien al principio la conciencia moral (más exactamente: la angustia, convertida después en conciencia) es la causa de la renuncia a los instintos, posteriormente, en cambio, esta situación se invierte: toda renuncia instintual se convierte entonces en una fuente dinámica de la conciencia moral; toda nueva renuncia a la satisfacción aumenta su severidad y su intolerancia. Si lográsemos conciliar mejor ésta situación con la génesis de la conciencia moral que ya conocemos, estaríamos tentados a sustentar la siguiente tesis paradójica: la conciencia moral es la consecuencia de la renuncia instintual; o bien: la renuncia instintual (que nos ha sido impuesta desde fuera) crea la conciencia moral, que a su vez exige

nuevas renunciaciones instintuales.⁵⁷

“Una idea que es propia del psicoanálisis, es de que toda nueva renuncia instintual a la satisfacción, aumenta su severidad y su intolerancia”.

Es así que con la intolerancia consigo mismo, el giro del instinto de crueldad hacia la propia interioridad, se procura amortiguar mediante complejas sublimaciones.

“Son los instintos agresivos insatisfechos los que hacen aumentar el sentimiento de culpabilidad, pues al impedir la satisfacción erótica se desencadenaría cierta agresividad contra el que impide esta satisfacción, y esta agresividad tendría que ser, a su vez, contenida. Pero en tal caso sólo sería nuevamente la agresión la que se transforma en sentimiento de culpabilidad, al ser coartada y derivada al “super-yo” “.

En la década de los años veinte, sin sospechar aún el retorno a la barbarie que constituyó el advenimiento del nazismo, Freud reflexiona acerca de la cultura y su malestar.

En *El problema económico del masoquismo* (1924) Freud precisa que «la tarea de la libido es volver inocua esta pulsión destructora». Lo conseguirá “dirigiéndola hacia los objetos». Un “sector”, “el masoquismo erótico originario, permanece en el interior” y otro, el sadismo, «vuelto hacia fuera» aunque “puede ser introyectado de nuevo” (“secundario”). “La necesidad de “castigo” se debería a un “sentimiento inconsciente de culpa”.

En *El malestar en la cultura*⁵⁸ la “inclinación agresiva” se considera una “disposición pulsional, autónoma, originaria del ser humano”. La “necesidad de castigo” ya no se explica por culpa inconsciente sino por un yo “devenido masoquista bajo influjo del superyó sádico”, que “emplea un fragmento de la pulsión de destrucción interior, preexistente en él, en una ligazón erótica”.

Freud alude pues a una culpa como “inconsciente”, “porción de agresión interiorizada y asumida por el superyó”. Éste, como función de la “conciencia moral”, “lleva a cabo” la represión, que el sujeto se auto-infringe — comúnmente — con un rigor y severidad despiadada, vehemente. Se trata de la “severidad” propia del superyó, y esto sin importar que la educación pudiera ser indulgente.

57 FREUD, Sigmund, *El malestar en la cultura*, en Obras completas, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid 1968, vol. III p.50-51.

58 FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Volumen XXI. El Malestar en la Cultura (Das Unbehagen in der Kultur) (1930), Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979

7.- Nietzsche: El ejercicio de la crueldad

En el texto *La Genealogía de la moral*⁵⁹, Nietzsche propone que el concepto de culpa procede del concepto "tener deuda". Para explicar dicha proposición, él hace un recorrido por el desarrollo del sentimiento de justicia en la humanidad. Recorrido en el que ilustra el tratamiento que la sociedad ha hecho sobre aquel que infringe la ley.

En principio quien había causado un perjuicio merecía una pena, un castigo. La severidad de esta pena estaba determinada, por el grado de cólera que padecía el afectado. Era la cólera, y no la gravedad del perjuicio, la que determinaba la medida de la sanción. Vemos así que la sanción era una forma de venganza en la cual no había otra regulación que el monto de afecto causado. Esta lógica estaba entonces regulada por el capricho entendido como lo incierto, lo no regulado, lo impredecible.

Esta concepción en el ejercicio de la justicia se ve sustituida por la búsqueda de una equivalencia entre perjuicio y castigo. La medida del castigo estaba determinada entonces por la gravedad del perjuicio. Se nota en este desarrollo del ejercicio de la justicia, un intento en la humanidad por poner un tercer término que eliminara el afecto como determinante de la sanción. Lo llamativo de esta equivalencia es que el castigo puede ser el dolor físico del culpable y no precisamente la restitución del daño con bienes materiales. El dolor se ofrece como compensación, como algo que se entrega para pagar o restituir un daño causado.

Posteriormente se trató de cobrar el perjuicio, ya no con el dolor, sino con la privación de la libertad, eliminando la posibilidad de involucrar el cuerpo en el ejercicio de la justicia. Se observa entonces un esfuerzo en la humanidad por regular algo que circula y que está con relación al dolor del otro.

En términos generales, se puede observar que en la base de la justicia opera la idea de intercambiar una cosa por otra, aunque la naturaleza de los objetos no sea la misma. Es este tipo de intercambio lo que le hace afirmar a Nietzsche que el origen de la justicia se funda en la relación entre acreedor y deudor. Esta forma de relación consiste en que alguien da un bien a otro, quien debe pagar por ese bien recibido. Este deber supone una promesa, un pacto de restitución entre ambos.

En el marco de esta relación planteada por Nietzsche, el culpable es un deudor que no restituye la deuda, que no reembolsa los préstamos, es por tanto un violador de tratados, y un promotor de rupturas. Es alguien que no paga sus derechos aunque goce de ellos, razón por la cual se le considera fuera de la ley y merecedor de castigos. Frases populares como "el que nada debe, nada teme" o "tiene que pagar la falta", parecen provenir de esta lógica.

Si se aplica este razonamiento a esa forma primitiva de ejercer la justicia, en la cual el culpable debe pagar con

59 NIETZSCHE, F. *La Genealogía de la moral; Un escrito polémico (1887) (Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift)*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.

dolor, nos podemos preguntar: ¿cómo puede el dolor del culpable tener el poder de restituir un daño? ¿Cómo es que el dolor del otro se constituye en una compensación para el acreedor? Al respecto Nietzsche anota:

"En la medida en que hacer —sufrir produce bienestar en sumo grado, en la medida en que el perjudicado cambiaba el daño, así como el displacer que éste le producía, por un extraordinario contra— goce: el hacer sufrir..."⁶⁰

El acreedor, perjudicado porque no obtuvo pago sobre algo que entregó, cambia su displacer por un contra - goce. Esta transacción es posible porque el mayor bienestar que puede obtener un ser humano se deriva del ejercicio de la crueldad, como lo afirma Nietzsche:

"La crueldad constituye en alto grado la gran alegría festiva de la humanidad más antigua, e incluso se halla añadida como ingrediente a casi todas sus alegrías..."⁶¹

"Ver sufrir produce bienestar; hacer sufrir, más bienestar todavía - ésta es una tesis dura, pero es un axioma antiguo, poderoso, humano - demasiado humano, que, por lo demás, acaso suscribirían ya los monos; pues se cuenta que, en la invención de extrañas crueldades, anuncian ya en gran medida al hombre y, por así decirlo, lo "preludian". Sin crueldad no hay fiesta: así lo enseña la más antigua, la más larga historia del hombre - ¡y también en la pena hay muchos elementos festivos!"⁶²

Nos encontramos desde en esta forma de ejercer la justicia, que el culpable es un deudor que ha violado un tratado y que debe restituir el daño causado con su propio dolor, compensación de un perjuicio que se explica por el goce que esto le provee al acreedor. Pero ¿Cuál es la relación con la crueldad que establece el deudor? Dejemos -por ahora- esta pregunta en suspenso.

Por su parte en 1924 Freud avanza en el estudio del masoquismo. En cuanto al tema del masoquismo moral lo va a enlazar con el sentimiento inconsciente de culpabilidad. El *super-yó* se arroga la función de la conciencia moral y el yo se somete por sentirse culpable al no estar a la altura de los altos ideales que le dictamina el superyó. Las fallas en la transmisión de la ley permitirán que el resto de goce que no puede ser regulado deje el sujeto en una posición de sacrificio y sufrimiento gozoso.

Ahora pasemos a los desarrollos que Freud hace sobre la culpa. Para Freud un individuo es culpable en tanto está preso de un afecto, el cual es una "variedad tópica de la angustia"⁶³. Este afecto es llamado en principio "conciencia de culpa" y posteriormente "sentimiento de culpa", el cual se activa gracias a un juicio que en principio proviene de los progenitores y posteriormente de una instancia psíquica que hace las veces de juez.

60 NIETZSCHE, Frederick, *La Genealogía de la moral; Un escrito polémico (1887) (Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift)*, Alianza Editorial, Madrid, 1975, p. 75

61 Ibid. P.p 75

62 Ibid. P.p 76

63 FREUD, Sigmund. *El Malestar en la Cultura*, Obras completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1979. P. p. 131

La *conciencia de culpa*, a juicio de Freud, es más que todo una "angustia social" ⁶⁴, una angustia frente a la pérdida de amor, la cual emerge en un individuo cuando éste es sorprendido realizando un acto prohibido por los progenitores. Desde esta lógica sólo es culpable quien es descubierto en el acto.

Pero ¿qué es lo que activa esa modalidad de la culpa? Los progenitores le exigen al pequeño una transacción: recibirá el amor de ellos a cambio de que renuncie a la satisfacción pulsional. El individuo en consecuencia se debate entre dos bienes: el amor y la satisfacción de la pulsión. Tener uno implica renunciar al otro. Es así como se le exige al sujeto pagar con la renuncia a la satisfacción pulsional, para obtener a cambio el amor del otro. La culpa, en este contexto, es el dolor psíquico que se impone al individuo por haber traicionado al otro y por poner en riesgo su amor. Es así como en este primer tiempo culpa, amor y pulsión se encuentran en estrecha relación.

En un segundo momento este afecto adquiere otra nominación: Sentimiento de culpa, el cual a juicio de Freud es "el problema mas importante del desarrollo cultural,...el precio del progreso cultural debe pagarse con el déficit de dicha provocado por la elevación del sentimiento de culpa"⁶⁵.

Este afecto, que le resta dicha al sujeto, es el resultado de la tensión entre el yo y una instancia psíquica que hace las veces de autoridad: el superyo. Esto supone que el sentimiento de culpa es el resultado de la sepultura del Edipo, lo que lo hace particular y lo relaciona con nuevos elementos, como lo podremos observar más adelante.

Si en un principio la culpa era la expresión de un conflicto entre la satisfacción pulsional y el amor del otro, ahora es el resultado del conflicto entre la satisfacción pulsional y el amor del super-yo. Para que el yo obtenga el beneplácito de esta instancia psíquica debe igualmente renunciar y acogerse a un pacto, exigencia que ya no proviene de un agente externo sino de una figura psíquica.

Esta exigencia *superyoica* de renunciar a las pulsiones para recibir a cambio el amor de esta instancia, tiene en su fundamento dos imperativos que adquieren carácter de pacto. El primero le dicta al sujeto la sentencia: "Así como el padre debes ser". Y el segundo dice: "Así como el padre no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace, muchas cosas le están reservadas" ⁶⁶.

El primer dictado le exige al sujeto convertir al padre en un ideal, y en consecuencias tenerlo como modelo para la constitución del ser. Es un pacto en el cual el sujeto podrá ser como el padre, gozar de sus derechos, si renuncia a su deseo de eliminarlo. Deseo que se haya instituido en el *Complejo de Edipo* cuando el padre hace de obstáculo para la satisfacción de los deseos incestuosos. Ese pacto implica entonces, un tener derecho a gozar de privilegios a cambio de una renuncia pulsional. Si el individuo no quiere pagar ese costo, si en este punto se instituye en

64 Ibid. P.p 121

65 Ibid. P. p. 130

66 FREUD. Sigmund. *El Yo y el Ello*. Obras completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1979. P. p. 36

deudor y violador de tratados, vendrá en consecuencia la furia del superyo y su derivado, el sentimiento de culpa. Este sentimiento de culpa, asociado al incumplimiento de los ideales, será consciente, es decir, estará acompañado de representación - palabra. Al respecto Freud afirma:

"El sentimiento de culpa normal, consciente, no ofrece dificultad a la interpretación; descansa en la tensión entre el yo y el ideal del yo. Es la condena del yo por su instancia crítica. Quizás no difiera mucho del notorio sentimiento de inferioridad de los neuróticos"⁶⁷.

La segunda sentencia, la cual dicta un: "Así como el padre no te es lícito ser, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace, muchas cosas le están reservadas" ⁶⁸. Y bien, ¿qué le están reservados al padre? La respuesta se orienta a la madre en tanto objeto del deseo del padre. Esta prohibición le dice al individuo: Serás como tu padre a cambio de que renuncies a tu madre. Relación de intercambio, relación entre un acreedor que tiene el objeto del deseo y un sujeto que debe pagar su derecho a gozar como su padre renunciando al incesto. Esta es una ley que obliga a pasar el goce por la aceptación de una ley, de un tratado El acreedor pide a cambio de los derechos que otorga, una renuncia, con lo cual instaura un pacto con el otro, una ley que prohíbe pero que igual da derecho a gozar.

Pero ¿cuál es el destino de los deseos incestuosos a los cuales se renuncia? Al respecto Freud afirma que el complejo de Edipo, el cual pone en escena los deseos incestuosos, no se elimina, no se disuelve, sino que se sepulta. Y si tomamos esta palabra en su literalidad, podemos decir que de él quedan restos que permanecen guardados en el inconsciente. Cuando estos restos retornan emerge un sentimiento de culpa que pone de manifiesto su existencia; culpa que no tendrá representación palabra que le acompañe manifestándose en la clínica como "reacción terapéutica negativa". Al respecto Freud afirma:

"No es fácil para el analista luchar contra el obstáculo del sentimiento inconsciente de culpa. De manera directa no se puede hacer nada; e indirectamente, nada más que poner poco a poco en descubierto sus fundamentos reprimidos inconscientes, con lo cual va mudándose en un sentimiento consciente de culpa. Un particular chance de influir sobre él se tiene cuando ese sentimiento de culpa es prestado, vale decir, el resultado de la identificación con otra persona que antaño fue objeto de una investidura erótica. Esa asunción del sentimiento de culpa es a menudo el único resto, difícil de reconocer, del vínculo amoroso resignado" ⁶⁹.

Lo anterior indica que el sujeto estará siempre en deuda con el padre, porque nunca renunciará completamente a los deseos incestuosos que lo ligan al objeto prohibido. Habrá siempre en él un empuje a violar ese tratado fundamental y esto lo hará siempre culpable.

67 Ibid, P. p. 51

68 Ibid. P. p. 36

69 FREUD, Sigmund. *El Yo y el Ello*. Obras completas. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1979. P. p. 51

Como puede observarse, existe una analogía entre la proposición de Nietzsche y Freud relativa a la relación entre la culpa y la deuda. En Freud nos encontramos con un individuo que debe pagar su derecho al amor y su derecho al goce acogiéndose a una ley que le exige la renuncia a las pulsiones, tratado que al ser violado pone en escena la culpa como el dolor moral que se debe pagar por dicha transgresión.

Pero ¿por qué el individuo debe pagar con un dolor psíquico el no estar a la altura de los ideales y el retorno de los deseos incestuosos?

En Nietzsche el dolor que debía padecer el culpable se constituye en una compensación para el acreedor quien ha sufrido un perjuicio; compensación porque la crueldad se constituye en la gran alegría de la humanidad, por tanto en el supremo bien al cual todos quieren acceder, aunque sea a nombre de la justicia.

En Freud esta propuesta tiene igualmente su lugar. En este juicio psíquico nos encontramos también con un extraño bienestar en el hacer sufrir, satisfacción pulsional en aquel que hace las veces de juez. Al respecto Freud anota:

"De acuerdo con nuestra concepción del sadismo, diríamos que el componente destructivo se ha depositado en el superyo y se ha vuelto hacia el yo. Lo que ahora gobierna al superyo es como un cultivo de la pulsión de muerte, que a menudo logra efectivamente empujar al yo a la muerte" ⁷⁰.

Esta exigencia del super-yo de renunciar a las pulsiones, de pagar un derecho con un deber, no está desprovista de crueldad. Este juicio también está al servicio de la pulsión cuando el superyo encuentra compensación en el dolor moral del yo.

Es así como la ganancia psíquica del sentimiento de culpa se tramita en términos pulsionales. A nombre de la ley se ejerce un "derecho a la crueldad", como diría Nietzsche.

Con relación a la pregunta que se había dejado planteada sobre la relación posible entre el deudor con la crueldad, desde el psicoanálisis se podría afirmar que en el hecho de recibir castigo puede haber también una suerte de goce, pero a modo masoquista. A nivel psíquico el yo deviene masoquista frente a un superyo sádico.

Para terminar se podría afirmar que existe una forma primitiva de ejercer la justicia, la cual se evidencia tanto en el terrenos de lo psíquico como en el de las relaciones entre los semejantes, en la cual hay una gran dosis de crueldad; la cual es, como lo afirma Nietzsche "la gran alegría festiva de la humanidad" ⁷¹.

⁷⁰ Ibid. P. p. 53

⁷¹ NIETZSCHE, Frederick, *La Genealogía de la moral; Un escrito polémico* (1887) (Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift), Alianza Editorial, Madrid, 1975. p. 75

8.- El decurso no heroico de la vida: Sloterdijk

A su vez, Sloterdijk en su concepción antropológica, concibe al hombre como mediocridad insatisfecha, semi-depresiva, una vitalidad atontada o “*humanitas* fracasada”. El resentimiento es el sentimiento de los hombres que han caído en la impotencia –la del animal-hombre que topa consigo, se propone lo grande, a menudo no avanza un poco y a veces, esta harto de todo. Estos individuos vienen a ser para sí mismos como dotes fastidiosas; para ellos, el regalo de la vida permanece envuelto en una catástrofe difusa. En cuanto se siente culpable o se avergüenza, el hombre se vuelve contra sí mismo como objeto de una negación total.

Sloterdijk en referencia a la Metapsicología de Freud se pregunta ¿Cómo se descubrió el Instinto de muerte?

Los instintos o pulsiones serían, entonces, las fuerzas que se suponen que actúan tras las tensiones causadas por las necesidades del ello.⁷² Representan las exigencias somáticas planteadas a la vida psíquica. Por tanto, es posible distinguir un número indeterminado de instintos, pero también reducir estos a unos pocos fundamentales (protoinstintos).

La vida como enseña la metapsicología del último Freud, es una función de rodeo del instinto de muerte que, en su dilatada ruta por el objetivo intermedio –autoconservación y placer genital– nunca pierde totalmente de vista la meta final: disolución en un inorgánico no tener que sentir más.⁷³

Con eso queda el desafío de la potencia curativa de la manifestación de secretos patógenos comprometido de raíz. En la línea de enunciar impulsos ocultos, el discurso psicoanalítico queda en la frontera donde sólo puede poner de manifiesto su incurabilidad terapéutica. Pues, a fin de cuentas, ¿qué tendría que manifestar la vida impedida para la búsqueda confusa de sí y su dicha como no sea la confesión, que ironiza cualquier esperanza de cura, de que, en su postrer motivo instintivo, sólo quiere liberarse de sí misma para regresar al nirvana de los minerales?⁷⁴

Con eso queda el desafío de la potencia curativa de la manifestación de secretos patógenos comprometido de raíz. En la línea de enunciar impulsos ocultos, el discurso psicoanalítico queda en la frontera donde sólo puede poner de manifiesto su incurabilidad terapéutica. Pues, a fin de cuentas, ¿qué tendría que manifestar la vida impedida para la búsqueda confusa de sí y su dicha como no sea la confesión, que ironiza cualquier esperanza de cura, de que, en su postrer motivo instintivo, sólo quiere liberarse de sí misma para regresar al nirvana de los minerales?

La vida como enseña la metapsicología del último Freud, es una función de rodeo del instinto de muerte que, en su dilatada ruta por el objetivo intermedio -autoconservación y placer genital- nunca pierde totalmente de vista la meta final: disolución en un inorgánico no tener que sentir más.

72 Recordemos que el “Ello” no es sino la expresión en el psiquismo de las necesidades del *cuerpo*.

73 SLOTERDIJK, Peter, *Extrañamiento del Mundo*, Cap. IV. ¿Cómo se descubrió el Instinto de muerte?, Editorial Pretextos, Valencia, 1998, p. 168

74 SLOTERDIJK, Peter, *Extrañamiento del Mundo*, IV. ¿Cómo se descubrió el Instinto de muerte?, Editorial Pretextos, Valencia, 1998, p. 168

Estas pulsiones -Eros y Thanatos- entran en juego simultáneamente y es posible que una no sea más que una variante de la otra, nada más que su dilatación.

Las miras de un impulso consisten en ser descargado, lo que suele producir placer. Sin embargo, el impulso sólo está relacionado indirectamente con el placer. En esas circunstancias, el estímulo principal es la descarga misma, la disolución del impulso, es decir su muerte. Estos instintos de muerte o impulsos destructivos parecen estar en oposición con la tendencia de la libido a buscar el placer. En su obra, "*Más allá del principio del placer*", Freud se pregunta si el impulso hacia la muerte, autodestructivo, no es acaso el principio fundamental de todos los demás impulsos y al tender todos hacia la muerte, uno puede formular la siguiente paradoja:

La vida sólo es una demora de la muerte. Según Freud, la dinámica de la personalidad resulta del antagonismo entre el impulso hacia la vida y el impulso hacia la muerte.

9.- ¿Qué representa para Freud la pulsión de la muerte?

Representa la tendencia irreductible de todo ser vivo a retornar al estado inorgánico. Si admitimos que el ser vivo vino después del no vivo, y que surgió de él la pulsión de muerte está perfectamente de acuerdo con la fórmula según la cual una pulsión tiende al retorno a un estado anterior. Según esta perspectiva "todo ser vivo muere necesariamente por causas internas".

Freud trasladaba evidentes secretos de la tradición metafísica y religiosa a una lengua secular y científica, y tuvo la habilidad de no dejarse sorprender en flagrante delito metafísico, esa habilidad para la traducción de la corriente que va de Schopenhauer y Nietzsche hasta él, en un lenguaje biologicista, es uno de sus principales méritos. A tal punto que compensa el legado de los irracionalistas alemanes haciendo más digeribles sus ideas, creando un clima adecuado para su reverdecimiento en y con Heidegger (principalmente Nietzsche), que si bien crea su propio Nietzsche, el interés dedicado en sus dos grandes volúmenes al autor de la *Gaya ciencia*, le significó a éste entrar en el Canon de la filosofía occidental, y como resultaría inevitable también Schopenhauer es reconocido como filósofo oficial –más allá del underground de los poetas y músicos románticos. Richard Rorty⁷⁵ elogia a Sigmund Freud porque éste demostró que el yo es sólo una ficción. Freud no parte del yo como un a priori en el sentido cartesiano, sino que presenta un tríptico: el yo, el superyó y el id, cada uno con poder sobre el otro. Debe reconocerle a Freud la elaboración de una teoría del alma humana y la cultura. Trasladó una serie de fenómenos psicológicos y sociales y los puso bajo un prisma inusitado para su sociedad: la sexualidad como tabú, como algo que a todos interesa pero de lo que nadie habla. Le brindó a los fenómenos una única direccionalidad y acabó por constituir un enorme campo de interpretaciones. Instituyó la producción industrial de la conciencia, al modo foucaultiano⁷⁶, esto es, con dispositivos de control, *tecnologías del yo*⁷⁷ en el diseño y producción de individuos. Así Freud está a la base de las sociedades paranoicas, donde la policía del pensamiento vigila para sancionar cualquier síntoma de

75 RORTY, Richard, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996,

76 FOUCAULT, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1967

77 FOUCAULT, Michel, *Tecnologías del yo*, Ed. Paidós, Barcelona, 1990

histeria, cualquier tipo de reacción neurótica.⁷⁸ Hasta el más leve desliz quedará en el inventario de las patologías sancionadas por el Estado Terapéutico.⁷⁹

10- El metafísico deseo de muerte.

Volviendo sobre nuestro punto, la forma en que Freud articuló aquel fenómeno, la –pulsión tanática– que con Sloterdijk puede ser denominada como *el metafísico deseo de muerte*.

Tanto el thánatos o los instintos de muerte o de destrucción tienen como fin último es el de reducir lo viviente al estado inorgánico. Tiende a la disolución. Pueden orientarse hacia el exterior, manifestándose como impulso de agresión o destrucción o hacia el interior como autodestrucción (formación de carácter sádico o masoquista respectivamente). La relación sado-masoquista es complementaria son fases o momentos de una misma situación vital de indefensión y de incompletitud. Es, precisamente, la radical separatividad del ser humano lo que lo hace necesitar ser completado en una relación simbiótica.

El cambio de término *instinto de muerte* por la expresión *deseo de muerte* no puede llevarse a cabo sin una alusión crítica. Cuando hablamos de deseos en lugar de instintos, ponemos en vigor el postulado de hablar abiertamente sólo de las autorrepresentaciones, susceptibles de ser conscientes, de los “motivos instintivos” en las tendencias experimentadas.

Hablar de deseos quiere decir mencionar a los individuos que los experimentan. Ahora bien, ¿cómo podríamos hallar autores y voces que se presenten como testigos para el más singular de todos los anhelos? ¿Dónde se han mostrado por primera vez en el escenario de nuestra cultura deseos explícitos de la propia muerte? ¿Cuándo y dónde empezaron los hombres a compensar claramente la desventaja de haber nacido con la ventaja del aún-no-oy-a-no-tener-que-vivir -y, si no compensar, sí, al menos, a tenerla en consideración-? Lo formulo de manera tan prolija de cara a mantener la cuestión relevante –de qué fue descubridor Freud en su metapsicología oscura si es que, en definitiva, “descubrió” algo– con todos los medios en el recuerdo. Aquí no puede tratarse de plantear una historia de las múltiples restricciones de existir como las que se han desplegado desde los días de Hiob y Buda tanto en Oriente como en Occidente. La empresa de describir la procesión en marcha a lo largo de tres milenios de nobles y sospechosos negadores de la vida negadores de la vida junto a todos los opositores secretos y suicidas ilustres sería sofística a todas luces.⁸⁰

Al pasar de la hipótesis del instinto de muerte de Freud a la investigación de vestigios articulados de deseo de

78 VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, “La influencia de Nietzsche sobre Freud”, En Antroposmoderno, publicación del Círculo Psicoanalítico de Buenos Aires- 2005 http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=798

79 VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, “Antipsiquiatría: Deconstrucción del concepto de enfermedad mental y crítica de la 'razón psiquiátrica'”, En EIKASIA, Revista de Filosofía, Nº 41 - 2011, ISSN 1885-5679 - Oviedo, España, pp. 7- 20. <http://www.revistadefilosofia.com/41-01.pdf>

80 SLOTERDIJK, Peter, *Extrañamiento del Mundo*, IV. ¿Cómo se descubrió el Instinto de muerte?, Editorial Pretextos, Valencia, 1998.

muerte consciente, se va a parar, acto seguido, al centro de la metafísica clásica. Quien hubiera esperado toparse con sólidas fronteras psicobiológicas vuelve a encontrarse, en lugar de eso, en medio de la aventurada empresa de la esperanza allendista maníaca. Este cambio de orientación del tema, de biología psicológica a metafísica, tiene un lado aleccionador: salta a la vista qué derroche es necesario para hablar en una lengua moderna, científica y secular sobre eventuales finalidades de la psique –siempre se da por supuesto que tales últimos propósitos o metas no tienen efecto como tendencias adquiridas y aprendidas por azar, sino que deben imponerse como tensiones finales endógenas, nacidas de la naturaleza de la misma psique–. Un deseo de muerte experimentado no podría, en consecuencia, ser sólo un efecto de extenuación; humanas confesiones de un ansia de acabar con el mundo y la vida no podrían, para cumplir las cualidades pensadas por Freud, salir a la luz como simple consecuencia de la consunción de la energía vital y pasional. Para que el “instinto de muerte” sostuviera lo que promete su nombre tendría que motivarlo una finalidad activa endógena de la misma psique. Cosa que difícilmente se deja objetivar a escala biológica. El *bios* no sabe gran cosa de un fin que se le presente como meta interior; en tanto es entendida en el ciclo de la pura vitalidad, la vida, lo mismo humana, animal o vegetal, por lo que podemos saber, no tiene ningún sentido como último propósito. Incluso donde seres vivos se resignan a su fin, subsiste bien poco espacio para la imputación del instinto de muerte en sentido freudiano.

Así es como esa psicoterapia no promete salvación sino la oportunidad de una curación mediante la palabra reanimada. No hace falta ser sacerdote para captar la tendencia nihilista latente y, en cualquier caso, estoica de la doctrina psicoanalítica de los últimos motivos instintivos –aún menos, cuando el viejo Freud ya no hizo ningún secreto de su lúgubre teoría sobre el impulso de la vida a la distensión en la muerte, desde la publicación de *Más allá del principio de placer*.

“Si el objeto de la vida fuera un estado aún jamás alcanzado, eso contradiría la naturaleza conservadora de los instintos. Tiene que ser un estado de procedencia mucho más antiguo, que el viviente dejó una vez y al que tiende denodadamente por encima de todos los rodeos de la evolución. Si pudiéramos suponer como experiencia sin excepción que todo viviente muere por motivos internos, podríamos entonces decir: *El objeto de toda vida es la muerte*, y yendo más atrás: Lo no viviente fue anterior a lo viviente.”⁸¹

Con eso queda el desafío de la potencia curativa de la manifestación de secretos patógenos comprometidos de raíz. En la línea de enunciar impulsos ocultos, el discurso psicoanalítico queda en la frontera donde sólo puede poner de manifiesto su incurabilidad terapéutica. Pues, a fin de cuentas, ¿qué tendría que manifestar la vida impedida para la búsqueda confusa de sí y su dicha como no sea la confesión, que ironiza cualquier esperanza de cura, de que, en su postrer motivo instintivo, sólo quiere liberarse de sí misma para regresar al nirvana de los minerales? ¿Cuál de los dos contendientes en la batalla titánica por la interpretación de las aspiraciones radicales humanas ha

81 FREUD, Sigmund, *Más allá del principio de placer* (1920), V.

escogido el mejor principio? ¿Es la vida humana, según su última constitución motriz –tal y como lo quiere la antropología cristiana-, una búsqueda siempre desconcertada de la glorificación postmortal del propio Yo “en Dios”? ¿O más bien es la vida, como enseña la ahondada metapsicología del último Freud, una función de rodeo del instinto de muerte que, en su dilatada ruta por el objetivo intermedio –autoconservación y placer genital–, nunca pierde totalmente de vista la meta final: disolución en un inorgánico no tener que sentir más? Me parece procedente suspender nuestro juicio sobre estas cuestiones en tanto una consideración previa no nos ponga en condiciones de ponderar las dimensiones antropológicas y filosóficas de la discusión sobre el instinto de muerte identificado –¿o habrá que decir: proclamado?– por Sigmund Freud.

12.- Freud y el retorno a las fuentes del romanticismo alemán (Schopenhauer y Nietzsche).

Nuestro análisis debe profundizar el carácter complejo y *dramático* del pensamiento de Freud, que estuvo en tensión permanente por una *doble inspiración metafísica*, estuvo animado en buena medida por el monismo de origen romántico⁸² –en particular, recibido a través de Nietzsche⁸³ y Schopenhauer–, por otro lado, por lo que podría llamarse un *personalismo*⁸⁴ –nutrido de la experiencia clínica de Freud. ¿Habría pues que distinguir en Freud su filosofía, su psicología y su método terapéutico?

Volviendo sobre el aporte de Schopenhauer, debe recordarse que éste se anticipó a Freud en medio siglo, a la filosofía de la conciencia que había predominado en el pensamiento occidental. En Schopenhauer aparece por vez primera una filosofía explícita del inconsciente y del cuerpo.⁸⁵

La tarea de esclarecer los antecedentes (prestamos) de Schopenhauer en la obra Freud⁸⁶ ha sido emprendida por

82 En particular, recibido a través de Nietzsche y Schopenhauer; éste último, a su vez, a través de la obra *Filosofía del inconsciente*, de Edouard von Hartmann, muy difundida en su época. Véanse, por ejemplo, Allers, R. (1958). *El psicoanálisis de Freud*. Bs. As.: Troquel; Assoun, P. (1998). *Freud et Nietzsche*. Paris: Presses Universitaires de France; Assoun, Paul (1982). *Freud, la filosofía y los filósofos*. Bs. As.: Paidós.

83 ALLERS, R. (1958). *El psicoanálisis de Freud*. Bs. As.: Troquel; ASSOUN, P. (1998). *Freud et Nietzsche*. Paris: Presses Universitaires de France; ASSOUN, Paul (1982). *Freud, la filosofía y los filósofos*. Bs. As.: Paidós.

84 Este personalismo podría haberse nutrido de: 1) la experiencia clínica de Freud. Puede recordarse aquí la famosa tesis de Dalbiez (Dalbiez, R. (1987). *El método psicoanalítico y la doctrina freudiana*. Bs. As.: Club de Lectores), precisada por Maritain (Maritain, J. (1980). *Cuatro ensayos sobre el espíritu en su condición carnal*. Bs. As.: Club de Lectores, pp. 25-55), de que en Freud deben distinguirse su filosofía, su psicología y su método terapéutico; 2) Influencias culturales: el personalismo de la cultura judía y de la formación centroeuropea que Freud había recibido; 3) Influencias filosóficas: Freud da cuenta en distintos pasajes de la fenomenología (cita, por ejemplo, a T. Lipps) y del existencialismo nacientes.

85 SAFRANSKI, Rüdiger, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, Madrid, Alianza, 1998

86 Freud traslada a un lenguaje biologicista –propio del neurólogo que era–; Freud transforma lo irracional (Schopenhauer y Nietzsche) en lo inconsciente, de modo que no había hecho el descubrimiento fundamental, aunque sí había elaborado el primer método psicoterapéutico a partir de dicho descubrimiento: existe un inconsciente y éste determina nuestra conducta. El hombre se extraña frente a sí mismo, no entiende "eso" propio, se encuentra en sueños con un "extranjero interno". Y este modo de ver al ser consciente como excéntrico es la fuerte apuesta antropológica de un Freud médico. Hay razones para que Freud no fundamentara su psicoanálisis desde una "epistemología Schopenhaueriana" dado que esa filiación con la filosofía, y con una filosofía – más aún- de cuño romántico hubiese significado que el psicoanálisis no entraría por el camino seguro de la ciencia positiva, según el decreto del círculo de Viena (positivismo lógico), ello hubiera sido un suicidio frente al ámbito científico.

Ahora bien si bien Freud citó a Schopenhauer para marcar ciertas similitudes con su pensamiento, jamás lo hizo para fundamentar el psicoanálisis. ¿Por qué? Uno de los motivos es que no conocía suficientemente su obra.

Es fundamental destacar la importancia de la moda Schopenhaueriana en cualquier círculo intelectual germano-parlante a fines de siglo XIX. Viena estaba muy lejos de ser una excepción, cabe sin embargo puntualizar que hasta 1919 –como lo dice en una carta a Lou Salomé–, Freud no se había dedicado a leer atentamente a Schopenhauer. Las citas que encontramos con anterioridad respecto de esa fecha son de los Parerga und Paralipomena o se trata del apartado “De la locura” que le mostrase su discípulo Otto Rank.

especialistas en la historia de las ideas, ella ha demandado una labor de índole histórico-genealógica –entre otras cuestiones, por la oscuridad en torno a las referencias de Freud hacia el filósofo y la estrecha afinidad existente en las temáticas e inquietudes desarrolladas por uno y a otro.

BIBLIOGRAFÍA

- FREUD, Sigmund.: *Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1995, Vol.14: Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico (1916): “Los que delinquen por sentimiento de culpabilidad”. Extraído de: Sigmund Freud. Obras completas. Volumen 14 (1914-1916). Amorrortu Editores. Bs. As., 1978.
- FREUD, (1909) “A propósito de un caso de neurosis obsesiva” En *Obras Completas*. Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1992. Tomo X.
- FREUD, Sigmund, (1916) “Los que delinquen por conciencia de culpa”, En *Obras Completas*. Amorrortu, Buenos Aires, 1992. Tomo X.
- FREUD, S. (1924-1967) *El problema económico del masoquismo*. O. C. T. 1. Madrid: Biblioteca Nueva. pp. 1186.
- FREUD, S. (1929-1968) *El malestar en la cultura*. O. C. T. 3. Madrid: Biblioteca Nueva.
- FREUD, Sigmund, *Obras Completas*, Volumen XXI. *El Malestar en la Cultura* (Das Unbehagen in der Kultur) (1930), Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979
- FREUD, S. (1901-1967) *Psicopatología de la vida cotidiana*. O. C. T. 1. Madrid: Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1913-1968) *Tótem y Tabú*. O. C. T. 2. Madrid: Biblioteca Nueva.
- FREUD, Sigmund. (1930) *El Malestar en la Cultura*, Obras completas. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1979.
- FREUD, S. (1923-1968) *El yo y el ello*. O. C. T. 2. Madrid: Biblioteca Nueva.
- ADORNO, TH. W., “La revisión del psicoanálisis”, en Th. W. Adorno y M. Horkheimer, Sociológica. Madrid (Taurus), 1966. BROWN, J. A. C., *Freud y los Postfreudianos*. Buenos Aires (Compañía Fabril Editora), 1963.
- FROMM, Erich, *Anatomía de la Destructividad Humana* (1973), Siglo XXI Editores, S.A, México, 1991
- FOUCAULT, Michel, *Historia de la locura en la época clásica*. Editorial Fondo de Cultura Económica, México, 1967
- ALLERS, R. (1958). *El psicoanálisis de Freud*. Bs. As.: Troquel; ASSOUN, P. (1998). *Freud et Nietzsche*. Paris: Presses Universitaires de France; ASSOUN, Paul (1982). *Freud, la filosofía y los filósofos*. Bs. As.: Paidós.
- DE QUINCEY, Thomas, *Del Asesinato considerado como una de las Bellas Artes*, Alianza Editorial, Madrid, 1985.
- HORKHEIMER, M. y ADORNO, T. W. (1997): *Dialéctica de la Ilustración*. Madrid, Trotta (2ª ed.)
- JAY, M. (1974): *La imaginación dialéctica. Una historia de la escuela de Frankfurt*. Madrid. Taurus, 1980
- JONES, Ernest, *Vida y Obra de Sigmund Freud*, Barcelona: Editorial Anagrama, 2001. [JONES, E., Sigmund

- Freud: Life and Work 3 vols. Londres: Hogarth Press (1953-1957)]
- KRACAUER, Siegfried, *De Caligari a Hitler. Una historia psicológica del cine alemán* (1947) Ediciones Paidós Ibérica, S.A.; 1ª ed., Barcelona, 1995.
- MARCUSE, Herbert, *Eros y civilización*, Ed. Seix Barral; Barcelona, 1968
- MASSONE, Antonio, "Kafka o la zozobra de lo humano", pp. IX – XXI, en prólogo de *Obras Escogidas de Franz Kafka*, Editorial Andrés Bello, Santiago, Santiago 1992.
- BRAUNSTEIN, N. (2004). "La ficción del sujeto". En *Culpa responsabilidad y castigo en el discurso psicoanalítico y jurídico*. Vol. II Gerez Ambertín (comp.). Buenos Aires, Letra Viva.
- STRACHEY, James, *Introducción a El malestar en la cultura* (1930 [1929]).
- NIETZSCHE, Frederick, *La Genealogía de la moral; Un escrito polémico (1887) (Zur Genealogie der Moral. Eine Streitschrift)*, Alianza Editorial, Madrid, 1975.
- LIPOVETSKY, Gilles, *En El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*. Editorial Anagrama, Barcelona, 2005.
- LACAN, Jacques, (1960). "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". En: *Escritos*, Vol. 2. Buenos Aires: Siglo XXI. 1985. pp. 781.
- LACAN, Jacques, *Escritos*, Vol. 1. Buenos Aires: Siglo XXI. 1985.
- LAPLANCHE J., "La pulsión de muerte en la teoría sexual". En: Laplanche J., *La pulsión de muerte*. Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- MOLLO, Juan Pablo, *Psicoanálisis y criminología. Estudios sobre la delincuencia*, Paidós, Madrid, 2010.
- SAFRANSKI, Rüdiger, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, Madrid, Alianza, 1998
- SLOTERDIJK, Peter, *Extrañamiento del Mundo*, Editorial Pretextos, Valencia, 1998.
- TENDLARZ, Silvia E., *¿A quién mata el Asesino? Psicoanálisis y Criminología*, Editorial, Grama, Buenos Aires, 2008
- RANK, Otto, *La voluntad de felicidad* (1929). Wahrheit und Wirklichkeit (Verdad y realidad), Traducido al francés, Editorial Stock.
- RORTY, Richard, *Contingencia, ironía y solidaridad*, Ed. Paidós, Barcelona, 1996

ARTÍCULOS RELACIONADOS:

- VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, "La influencia de Nietzsche sobre Freud", En Revista ARJÉ – Revista de Cultura y Ciencias sociales–Nº 4, Edición Agosto de 2005, Montevideo, Uruguay.
http://arje.atspace.org/Archivo/agosto/nietzsche_freud.html
- VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, "Nietzsche y Derrida: de la voluntad de ilusión a la mitología blanca", En Cuenta y Razón del Pensamiento Actual (FUNDES) - Revista de la Fundación de Estudios Sociológicos de MADRID. Nº 145 – 2007, pp. 45 a 64 - ISSN : 0211-1381 Sumario Consorci de BIBLIOTECES UNIVERSITÀRIES DE CATALUNY: <http://www.cuentayrazon.org/revista/pdf/145/Num145_006.pdf>
- VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, "Nietzsche y Sloterdijk; depauperación del nihilismo, posthumanismo y complejidad

extrahumana”, En NÓMADAS, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas - Universidad Complutense de Madrid, NÓMADAS. 25 | Enero-Junio.2010 (I), pp. 439-451.

<<http://www.ucm.es/info/nomadas/25/avrocca.pdf>>

VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, "La influencia de Nietzsche sobre Freud; actas de la sociedad psicoanalítica de Viena”, en Biblioteca de la Asociación Filosófica del Uruguay, 2007.

<<http://www.box.net/public/9ykgpvnv487>>

VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, "Sloterdijk; secretos bizarros de Freud, discretas obsesiones telecomunicativas y primeras formaciones de psicología profunda europea", En NÓMADAS, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas - Universidad Complutense de Madrid, NÓMADAS. 31 | Julio-Diciembre.2011 (I), pp. 339 - 368 <http://www.ucm.es/info/nomadas/31/adolfovasquezrocca_2.pdf>

VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, "Antipsiquiatría: Deconstrucción del concepto de enfermedad mental y crítica de la 'razón psiquiátrica'", En EIKASIA, Revista de Filosofía, N° 41 - 2011, ISSN 1885-5679 - Oviedo, España, pp. 7- 20. <http://www.revistadefilosofia.com/41-01.pdf>

VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, “Sloterdijk: Modelos de comunicación oculto-arcaicos y moderno-ilustrados. Para una época de ángeles vacíos”, En NÓMADAS, Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas - Universidad Complutense de Madrid, NÓMADAS. 26 | Enero-Junio.2010 (II), pp. 229-249. <http://www.ucm.es/info/nomadas/26/avrocca.pdf>

VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, “Nietzsche: de la voluntad de poder a la voluntad de ficción como postulado epistemológico”, En Revista NÓMADAS N° 37 – 2012, pp. 41 – 53, Instituto de Estudios Sociales Contemporáneos, Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Arte –Universidad Central, Colombia. <<http://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4052835.pdf>>

VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, "Nietzsche: de la voluntad de ficción al pathos de la verdad; aproximación estético-epistemológica a la concepción biológica de lo literario", En EIKASIA, Revista de la Sociedad Asturiana de Filosofía SAF, N° 46 - Noviembre 2012 - ISSN 1885-5679 - Oviedo, España, pp. 33 – 44. <http://www.revistadefilosofia.com/46-02.pdf>

VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, “Freud y Kafka: criminales por sentimiento de culpabilidad. crueldad, neurosis y civilización”, En EIKASIA, Revista de la Sociedad Asturiana de Filosofía SAF, N° 55 – marzo, 2014 - ISSN 1885-5679 – Oviedo, España, pp. 73–92. <http://www.revistadefilosofia.org/55-04.pdf> .

VÁSQUEZ OCCA, Adolfo, “Negociación, culpa y crueldad: de Nietzsche a Freud”, En Revista LÉXICOS N° 9, UE, 2007, <http://lexicos.free.fr/Revista/numero9articulo2.htm>

VÁSQUEZ ROCCA, Adolfo, “Freud y Kafka: criminales por sentimiento de culpabilidad: en torno a la crueldad, el sabotaje y la auto-destructividad humana”, En Revista Almiar –Margen Cero– N° 71 | noviembre-diciembre 2013, Madrid

